



师父 陈义

陶 瓷 技 师

(el ceramista)

¿Alguien quiere comunicarse conmigo? Otra vez una espera, pero ahora mis manos comenzaron a deslizarse; lentamente recorriendo desordenadamente la superficie de la ouija. -¡Dime quién eres, no corras tanto!, y mi voz denunció la sorpresa y una cierta dosis de temor. El ritmo de las manos se fue normalizando poco a poco hasta detenerse en cada una de las letras escogidas a propósito. «Soy el discípulo del maestro Chen Yi.»

-Dime más, no sé quién eres, no sé quién es Chen Yi. «Chen Yi era el mejor de todos; el dueño de las formas y los colores, el amo absoluto del pincel.»

-Veo que lo admirabas mucho. «¡Oh, no sabes cuánto admiraba su trabajo! Cada pieza salida de sus manos representaba un nuevo desafío, cada nueva vasija acrecentaba mis deseos de superarlo,...pero ninguna como aquella última, aquella era una obra de los dioses.»

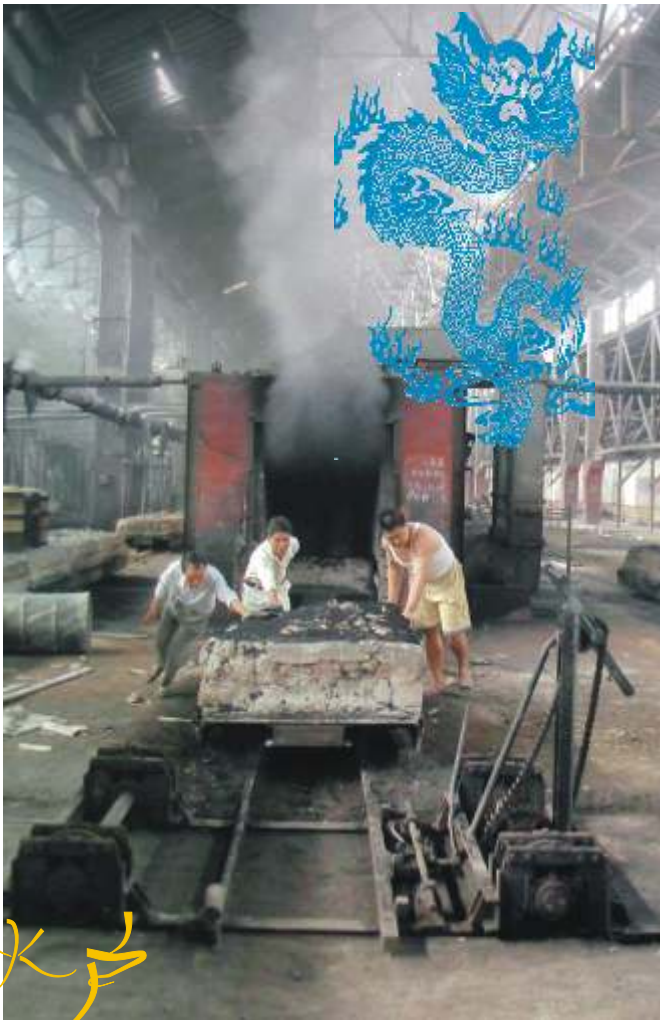
-¡Cuéntame, eso que dices parece interesante!, le dije, y había ya olvidado por completo que estaba hablando con un pedazo de madera comprado en una juguetería. «Ese día entré temprano al taller



徒弟

Por Violeta Romero.

Sentada delante del aparentemente inocente tablero que compré para mi hijo en la juguetería, estuve por un rato decidiendo si intentaba o no la aventura de tratar de sacar de él algo más que un simple juego de niños. La lógica me decía que no debía hacerlo; no era serio ni adulto. Tampoco era una búsqueda positiva. Circulaban muchas historias sobre este juguete surgido en el pasado siglo, y algunas de ellas sonaban verdaderamente espeluznantes. Pero pudo más la curiosidad que la razón. Mis manos se posaron sobre el tablero, y de mi boca salieron las primeras palabras, aquéllas que quizás nunca debí pronunciar: -¿Hay alguien aquí que quiera hablar conmigo? Mis dedos no se movieron. Esperé unos minutos antes de volver a preguntar: -



龙雷公

como de costumbre'; Chen Yi ya estaba preparando la pasta de arcilla. Sus dedos de experto denotaban un inusitado temblor, su mirada parecía ausente, su pensamiento vagaba muy lejos. Yo me ocupé ante todo de revisar la temperatura del horno y me encontraba luego removiendo los guijarros de la arcilla cruda, cuando de pronto el viejo Chen Yi dijo: 'Anoche tuve un mal sueño'. 'El maestro me honraría mucho si lo compartiera conmigo'. -le dije yo. Y Chen Yi, con la voz resquebrajada por el miedo me contó cómo un monstruo alado de color azul lo había perseguido durante casi toda la noche, ensordeciéndolo con sus atronadores tambores. 'Habrás reconocido en esa bestia a Lei-Kong', añadió. 'Por supuesto, pero usted no tiene nada que temer, supongo', y la duda quedó meciéndose en el aire. 'Te equivocas, muchacho, Lei-Kong castiga los delitos de sangre.' 'Pero usted, maestro... no...'- apenas pronuncié. Él esquivó mi interrogante mirada, mientras que con voz muy baja y temblorosa balbuceaba enigmáticas palabras: 'eso fue hace mucho tiempo' - alcancé a escuchar, 'cuando se es joven uno vive confusamente, yo era el mejor de los dos...mucho mejor que mi maestro...', decía entre ahogados hipos. Calló, y para borrar las horribles visiones que tenía ante sí, tomó en sus manos un precioso vaso de

celadón en el cual, bajo el transparente esmalte, florecían las ramas de ciruelo y volaban entre las nubes bandadas de blanquísimas grullas. Yo, pasmado por el descubrimiento, no podía apartar mi vista de sus manos, aquellas manos tan precisas, seguras de sí mismas y tan desorientadas esa mañana. El vaso se tambaleó entre ellas y cayó estrepitosamente al piso. Un gemido lastimoso salió de su pecho y rompió a llorar. Era un llanto pequeño, asustado, inusual. 'Yo no quiero ser castigado - decía - yo he vivido para crear belleza y merezco ir al monte Kuen-Len a reposar tranquilo bajo la sombra del melocotonero de la inmortalidad.'

'El maestro no debe angustiarse de esa forma, son sólo sueños; siéntese y espere

树富山



que voy a traerle algo de beber'

Me fui a la cocina y tomé el ginseng del envase de plata donde Chen Yi lo conservaba; preparé una decocción mezclada con hojas de bambú; eso lo calmaría de seguro. 'Gracias, mi muchacho, gracias, no sé qué haría yo sin tu compañía, tengo tanto miedo, esa horrenda criatura trataba de atraparme entre sus garras y llevarme consigo a su reino de tinieblas.'

Cuando se calmó me miró largamente, con una mirada que yo ya conocía. 'Pídemelo que quieras - me dijo - escoge de mi taller la pieza que prefieras y será tuya' 'Usted sabe qué es lo que quiero'

'Dime; no seas tímido, pequeño'

'¡Quiero los secretos, quiero crear obras perfectas como las tuyas; enséñeme maestro, por favor!' '¡Ah, otra vez eso! Ya tendrás tiempo para aprender, eres joven aún, observa lo que hago y cuando tengas

朱
必
密
山



山
桂
林

mi edad serás todo un alfarero. No te apresures - sonrió levemente. Dentro de mí hervía una rabia sorda, ¡maldito viejo! yo no quería esperar a tener su edad para ser un maestro, yo lo necesitaba en ese momento; era sabido que la corte imperial tenía un gran interés en la producción de cerámica, era un hecho que el extranjero estaba comprando importantes lotes de porcelana a precios increíbles, la demanda era tanta que el proceso se estaba masificando. ¡Ese era el tiempo y no después como él pretendía!

Hizo una pausa, como si estuviera escudriñando en sus recuerdos. Hubo un largo silencio y luego recomenzó. El resto del día transcurrió sin grandes incidentes. El maestro, después de un breve descanso, reanudó su faena; sacó del pozo de ladrillos un poco de la arcilla envejecida, aspiró su fuerte aroma mohoso y suspiró satisfecho. Colocó luego



la pasta sobre una mesa de tabloncillos y comenzó a amasarla en espiral, enrollándola a mano continuamente, cortándola y recombinándola repetidamente. Yo, entretanto, lavaba y secaba con cuidado todos los útiles que habrían de ser usados para la porcelana. Trabajamos en silencio, cada uno absorto en su tarea, y así estuvimos por muchas horas, hasta que, ya tarde en la noche, me atreví yo a pedir autorización para retirarme. 'Si no se le ofrece nada más quisiera su permiso para descansar' - le dije. 'Ah, -dijo él - quiero que fumigues las habitaciones con hierbas de olor; es necesario protegerse contra algunos espíritus malignos. ¡Especialmente hoy!' 'En seguida, - le respondí - y luego le traeré su té de la noche.'

Me fui a cumplir con su pedido y

recuerdo que lo hice mecánicamente, porque no lograba olvidar aquella inesperada confesión de la mañana que habría de cambiar el monótono curso de mi vida. Al rato regresé con la habitual infusión de ginseng, miel y cáscaras de naranja, cuyo agradable olor invitaba al sueño. No obstante, Chen Yi insistió en permanecer un poco más en el taller. Me insinuó que estaba preparando algo nuevo, diferente... 'ya lo verás a la mañana, - dijo con aires de misterio - y te llevarás la gran sorpresa.'

Le miré realmente intrigado, y por un breve instante creí ver pasar por el fondo de sus ojos una pequeña figura azul, con largas garras y enormes alas; evidentemente estoy cansado - pensé - es hora de irme a dormir. 'Hasta mañana, maestro, no olvide beber su té'. Y sin más demora me retiré. 'Ya el gallo de tres patas

había entonado su canto desde el árbol Fu-Sang cuando me desperté; me vestí apresuradamente y corrí a la cocina para encender la hornilla y preparar el desayuno del maestro antes de que él se levantara. Detestaba oír sus sermones sobre la importancia de comenzar temprano el trabajo, sobre la nocividad de la pereza, y otras cosas por el estilo. Pero Chen Yi no se asomó por la cocina ni aún cuando ya estaba comenzando a clarear afuera, tampoco lo encontré en su habitación ni en el resto de la casa. Decidí entonces irme directamente al taller y ...»

-¿Y...? -pregunté ansiosa. «Y allí estaba, en el suelo, los ojos desorbitados y la boca muy abierta como emitiendo un doloroso grito»

-¿Muerto? - casi susurré. «¡Muerto!, y sus dedos crispados trataban de aferrarse aún al borde de la mesa, en un desesperado intento por no caer. Fue entonces cuando, siguiendo la dirección de su mano, la vi, perfecta y majestuosa, y sobre todo... ¡imía!» -¿Qué viste? ¿Qué pudo haber sido más impactante que el cadáver de tu maestro? «La vasija, estúpida, la vasija; la sorpresa que me había anunciado el viejo la noche anterior y que en ese momento estaba ante mí; más blanca, más suave, más delgada y elegante que ninguna otra; un increíble dragón azul cobalto, erizado de escamas y con extraños cuernos flotando en medio de la lluvia. Las lágrimas rodaban por mis mejillas, emocionado ante tanta



金茂

金茂

hermosura. Creo que ya lo había dicho: aquélla era una obra de los dioses.» -Eso me hace recordar algo, ¿no había un monstruo azul en el sueño del pobre maestro? «Así es» -Entonces, ¿fue «eso» lo que lo mató?, ¿pudo el tal ... «Lei - Kong» -... pudo acaso Lei - Kong castigar al viejo Chen - Yi?

El impulso, que hasta entonces había guiado mis manos rápida y directamente entre las letras, cesó de pronto; una interminable espera siguió a mi pregunta. Profundamente angustiada, convencida de que lo había perdido pronuncié: - ¿Estás ahí? Un ligerísimo temblor y nuevamente un movimiento súbito hacia arriba, acercándose a la palabra SI, pero no se detuvo, volvió a bajar zigzagueando, ahora aproximándose al ADIOS. Lo estaba perdiendo, se iba , se acababa la historia; la mano titubeó indecisa, y entonces pensé que quizá estuviera ocultando alguna cosa que no se atrevía a confesar. Lancé la pregunta dispuesta a jugarme la última carta: -Por última vez, ¿hay algo más que tengas que decirme? «¡Sí!, ¡Yo lo maté! ¡Yo maté al maestro !»

A partir de su revelación no fue necesario insistir; la anécdota retomó su ritmo y me narró al detalle todo lo que siguió. «Hueso de melocotón en el té -dijo- su uso puede ser medicinal, pero también puede resultar un veneno efectivo. Después de terminado el funeral me encerré durante días en el taller para hacer un inventario de lo que allí

名
玩



había, ¡y había mucho ciertamente!. Algunas de las piezas habían sido previamente compradas, y serían entregadas a sus dueños, el resto... el resto era mío. Esperé un tiempo y sólo cuando fue prudente pedí ser recibido en la corte imperial para mostrar mi mercancía. Mi petición fue aceptada, así que una mañana, vistiendo todavía de blanco en señal de respeto por mi difunto maestro, y con el corazón pendiendo de un hilo me presenté ante el emperador. Poco a poco fui poniendo al alcance de los ávidos ojos un enorme caudal de maravillas: un finísimo vaso con esmalte claro -de- luna; un pequeño cuenco de la más delicada porcelana blanca, con bordes de plata; una exquisita vasija sangre de toro; y a medida

que los iba mostrando podía darme cuenta del creciente entusiasmo de mi interlocutor, pero yo sabía que aún estaba por ver lo mejor: aquella pieza blanca y azul encontrada junto al maestro el día de su muerte. Con todo propósito la dejé para el final, buscando un efecto que fuera definitivo para consolidar mi triunfo. No la había todavía terminado de desempacar cuando oí las exclamaciones de asombro de los presentes quienes no podían dar crédito a lo que sus ojos presenciaban. «Increíble» -decían, «es totalmente nueva, es única, nunca antes vista» -repetían. Y tenían razón. Por supuesto que todo lo que llevé fue comprado, pero salí con algo más que riqueza, salí con un nombramiento como alfarero de la corte. Mi vida cambió a partir de ese día, ¡y vaya si cambió, pero no en el sentido que tú seguramente estás pensando!»

-¿Qué quieres decir? «Lo que siguió fue

茶



必
家
山





un verdadero tormento. Claro que era rico y famoso, pero continuamente recibía encargos de nuevos trabajos para la corte.» -No comprendo. «¿Olvidaste que yo era todavía un aprendiz? Sólo cuando tuve que comenzar a crear mis propias piezas fue que realmente supe que no había aprendido suficiente; día tras día pasaba horas en el sofocante calor del taller tratando de torneer una pieza sin lograrlo, me maldecía una y otra vez, pero era inútil, al alcanzar determinada altura la arcilla se derrumbaba. Al tratar de hornearla la cerámica se ennegrecía, o a veces el vidriado de unas piezas goteaba sobre las otras y las dañaba totalmente. Así, en un abrir y cerrar de ojos, perdí tranquilidad, fortuna y fama, y viví mis últimos años tan pobre y resentido como antes.»

-¡Qué increíble historia! Pero ahora dime, ¿qué haces en mi «ouija»? «Quiero

alfarero

陶瓷技师

el maestro Chen- Yi

师父陈义

el monte Kuen-Len

山桂林

el dragón Lei-Kong

龙雷公

el arbol Fu-Sang

树富山

maestro

老师

juego

玩

aprendiz

徒弟

secreto

秘密

horno

火灶

fuego

火

alumno

学生

fama

名气

dinero

钱钱

té

茶

veneno

毒药 毒

descanso

休



禾

encontrar al viejo, él tiene que decirme los secretos que siempre me ocultó y que me hicieron fracasar; lo buscaré sin descanso a través de la muerte, y tú quizás puedas ayudarme.»

-Todavía te tengo una pregunta, ¿cómo moriste? «¡Decididamente, ustedes los vivos tienen poca imaginación!» me dijo, y casi pude sentir que se burlaba de mi pregunta. Me habría gustado insistir, pero ya era demasiado tarde, mi mano bajó sin detenerse hasta la parte inferior del tablero. «Adiós» -fue la última palabra; y se marchó tan misteriosamente como había llegado.

Violeta Romero es profesora del Departamento de Español de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Recinto Santo Tomás de Aquino, en la ciudad de Santo Domingo

Las fotografías que ilustran el cuento se han extraído de "Retour de Chine" Editions Galerie Le Vieux -Bourg realizadas por el ceramista Philippe Barde y con el fotógrafo Jean Philippe Geiser, con la autorización de P. Barde.

La maravillosa coincidencia del texto (extraído de internet) y las imágenes de la porcelana china han hecho posibles estas páginas. Gracias Violeta, gracias Philippe